

ellos al alcalde mayor de Sonora. Entró luego á los pueblos que eran de índole mas dócil y de quienes se sabia recibirian gustosos el bautismo: entre ellos fundó el pueblo de los Dolores, donde en pocos dias reunió un número muy considerable de catecúmenos; y de aquel pueblo, hijo primogénito de sus fatigas, como la llama el padre Alegre en el tomo 3.^o de su historia, pasaba el padre á visitar otros lugares de la Pimería alta y sucesivamente fué fundando el pueblo de San Ignacio de Caberca, el de San José de los himeris y el de los Remedios.

Mientras así se sujetaban aquellos pueblos á vida civil, por los esfuerzos de aquel apóstol, el padre Juan Maria Salvatierra de grata memoria, reducía á la cristiandad á un grande pueblo entre los guazaparis, congregándolos en San Francisco Javier de Jerocavi. Su infatigable celo no le dejaba un momento de reposo, evangelizando á todos los pueblos sin que lo detuvieran las mayores asperezas del terreno, pues sabiendo que en la profunda y casi inaccesible barranca de Hurich, habia algunos cristianos enfermos que necesitaban los consuelos espirituales de la religion, y muchos infieles que aun no habian recibido en el bautismo el germen de la civilizacion, fué allá venciendo todos los obstáculos de aquellas peligrosas quebradas; y de las muchas almas que allí estaban entregadas á una vida bárbara y salvaje, sacó nuevos elementos para el progreso de la civilizacion en la sociedad general.

Con el mismo espíritu trabajaban en el vasto territorio de la Nueva España, todos los ministros del evangelio, y los pueblos se mantenian en paz en el interior del vireinato; pero los lugares inmediatos á la costa, sin cesar sufrían las depredaciones de los piratas del golfo, que burlando las precauciones del virey y las demas autoridades de las antillas, molestaron bastante principalmente en toda la administracion del marques de la Laguna, que concluyó á fines del año de 1686, llegando

en 30 de Noviembre á México, el nuevo virey D. Melchor Porto Carrero Lazo de la Vega, conde de Monclova

CAPITULO XVI.

Administracion de los condes de Monclova, Galve y Moctezuma, del obispo de Michoacan

D. Juan Ortega Montañez y del duque de Alburquerque.

El virey conde de Monclova, á quien llamaban brazo de plata, porque efectivamente usaba de este metal el brazo derecho que habia perdido en una batalla, traía ordenes de averiguar á fondo, si en efecto los franceses habian establecido una colonia como se habia dicho, en algun punto de la costa en el seno mexicano; y oido el informe del capitán Barroso, que un año antes habia recorrido aquellas costas por orden del marques de la Laguna á quien dió aviso el gobernador de la Habana, que los prisioneros de una nave de corsarios franceses decían que el caballero Roberto de la Sala habia pasado con una escuadra para poblar las costas del golfo, mandó dos bergantines de la misma flota que lo habia conducido de España para que corriieran hasta los montes Apalaches á donde no habia llegado el capitán Barroso. Estos investigadores, no hallaron poblacion alguna francesa; pero mas allá de los montes Apalaches, encontraron algunos fragmentos de naves que se conocia haber zozobrado en aquellas costas, por cuyo informe conoció el virey ser cierta la intencion de fundar por allí

alguna poblacion: y para prevenir otra tentativa de los franceses y estando en paz en aquel tiempo los indígenas de la provincia de Coahuila, dispuso el virey fundar una colonia con ciento cincuenta familias en que habia cerca de trescientos hombres capaces de tomar las armas, dándole el nombre de Monclova para perpetuar su memoria.

El conde de Monclova se habia captado las simpatias de todos, que mucho se prometian de su rectitud y prudencia; pero antes de cumplir dos años en el gobierno de la Nueva España, fué promovido al vireinato del Perú, nombrándose en su lugar para México á D. Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, que llegó á la capital el 17 de Setiembre de 1688. Apenas habia llegado el virey conde de Galve, y aun no se despedia el de Monclova, cuando en la capital se tuvo noticia por el gobernador del Nuevo México, que habian pasado por alli tres franceses para la colonia que los de su nacion habian fundado hacia poco en las costas del seno mexicano; y al mismo tiempo D. Alonso de Leon gobernador de Coahuila, avisaba al virey que algunos indígenas errantes habian informado al padre Fray Damian Martinez religioso franciscano ministro de la mision de Candela, que no muy lejos del Rio-Bravo del Norte hacia la costa del golfo, estaban poblando unos franceses. Estas noticias sorprendieron á los dos vireyes, porque á pesar de la vigilancia que se habia tenido para impedir aquello, se estaba llevando adelante sin lograr descubrir el sitio de la fundacion que tanto alarmaba á la corte de España; y conferenciando ambos sobre lo que fuera prudente hacer, resolvieron dar orden al mismo gobernador D. Alonso de Leon, para que con toda la gente que pudiera sacar del Saltillo y acompañado del padre Fray Damian, marchase á descubrir el sitio de la poblacion francesa, desalojando de las costas del golfo á todos los pobladores que no fueran españoles.

El gobernador de Coahuila formó su expedicion segun las órdenes del virey y despues de caminar muchos dias por terrenos desiertos, al pasar de la Laguna de San Bernardo, se sorprendió de encontrar un fuerte comenzado y muchos cadáveres de franceses, diseminados en las inmediaciones, en las cercanias no se pudieron hallar gentes que informaran sobre aquel trájico suceso y cinco naturales, que fueron los únicos que alli pudieron hallarse, dijeron: que en la nacion de los *asináis* poco distante de aquel lugar, se guardaban como reliquia cinco extrajeros de los mismos que por alli habian desembarcado, los cuales podrian dar las noticias relativas al caso que se trataba de averiguar. El gobernador mandó un oficial con algunos soldados, para que fuese en busca de aquellos franceses, ofreciéndoles garantías y auxilios para volver á su patria, si condescendian en venir para rendir los informes que en el caso se deseaban. El capitán comisionado volvió dentro de algunos dias, habiendo conseguido traer solo á los franceses Juan Archeveque y Jacobo Grollet, pues los otros tres no quisieron fiarse de las promesas de los españoles, estando ya garantizados en su vida entre los salvajes con quienes vivian. Oido el informe de los dos franceses de que hallándose todos sus nacionales ocupados en la construccion del fuerte, fueron sorprendidos por una muchedumbre de indígenas carancahuases que á todos dieron muerte, sin dejar con vida sino á los cinco que desde entonces guardaban como prisioneros.

El gobernador destruyó lo que habia comenzado del fuerte y se volvió á su gobierno de Coahuila; pero por distinto camino del que habia llevado en su ida, para reconocer algo mas de aquellas regiones incógnitas. En el tránsito se dejó ver un grupo de indios desconocidos, que al llegar á ellos la comitiva expedicionaria, manifestó su natural docilidad y buena disposicion para reducirse á vida civil, recibiendo á los españoles con las

voces Tejia, Tejia, que en su idioma significaba amigo; y de esta circunstancia, les fué dado á ellos el nombre de Tejas lo mismo que á toda la vasta provincia que se habia descubierto.

El Padre Fr. Damian, conociendo la mansedumbre de aquellos naturales les propuso su civilizacion en la enseñanza de la religion cristiana, y ellos se prestaron gustosos á recibirla, pero pidiendo se hiciese esto en sus propios pueblos que estaban muy distantes de aquel sitio. De pronto no se pudo acceder á esta solicitud; pero allí mismo se formó un presidio que hoy es San Antonio de Bejar y que desde entonces fué capital de toda esta vasta provincia. Se dejó un destacamento y D. Andres de Leon con el resto de su comitiva, contramarchó á Coahuila, de donde informó de todos los sucesos de su expedición, así á la audiencia de Guadalajara, como al virrey. El conde de Galve, deseoso de aumentar los dominios de la corona, é informado de lo que el terreno recién descubierto, prometia por su feracidad como por el natural pacífico de sus habitantes, mandó reforzar el presidio de San Antonio, que se formaran otros tres pueblos en los sitios mas á propósito cerca de la laguna de San Bernardo y que el padre Fr. Damian con otros religiosos de su orden franciscana se encargara de convertir á la fe á los indígenas de aquellos lugares. Las ventajas que proporcionaba este terreno, uno de los mas fértiles y amenos de la N. España, atrajo muchos pobladores de todas partes, y á pesar de la buena índole de los indígenas de aquella provincia, las exigencias de los colonos, ocasionaron algunas turbulencias, que no pudieron concluir sino casi treinta años despues como veremos luego.

Mientras esto pasaba en la N. España, Carlos II tenia continuas inquietudes, así por las noticias que habian llegado á la corte, del empeño con que los franceses procuraban poblar las costas del golfo de México, poniendo en esto continuas acechanzas á las posesiones españolas en la América septentrional, como por las poblaciones que habian fundado ya en la parte mas

rica y floreciente de la isla Española, de donde causaban con la piratería grandes daños á todo el comercio del continente americano. Pensaba el monarca de Castilla dar un golpe decisivo para cortar este mal, cuando llegaron á su corte, mandados por el virrey de México, los dos franceses que el gobernador de Coahuila habia sacado de entre los asinai, como restos de los que en el fuerte de S. Luis perccieron á manos de los carancahuases. Con el informe que rindió el capitán D. Andres Pez que conducia á los dos franceses, quedó el rey satisfecho de la diligencia con que el conde de Galve procuraba el real servicio, y desde luego pensó en él para que dispusiera la jornada sobre la Española, para arrojar de ella á los franceses.

El conde de Galve, celoso por el honor y engrandecimiento de su nacion, preparó con actividad, dos mil seiscientos soldados, que con las provisiones necesarias se dieron á la vela en el puerto de Veracruz, desembarcando en las costas de la Española á distancia de seis leguas del cabo Guarico, que ocupaban los franceses. El gobernador de estos Mr. Cussi y su teniente Mr. Tranquesnay, se dividieron en la opinion sobre el modo de resistir el ataque que se preparaba; y celebrada una junta de guerra entre sus oficiales, prevaleció la opinion del segundo, de tomar un sitio ventajoso en el valle de la Limonada, para destruir allí en una accion campal, el auxilio que á la Española se le habia mandado por el vireinato de México. La accion se dió en efecto en aquella llanura, y despues de un reñido combate, quedó el campo por los mexicanos, habiendo muerto los dos gefes principales, como treinta oficiales y cerca de quinientos hombres de lo mas florido de aquella piratería. Con este triunfo tan completo, el ejército vencedor incendió la ciudad de Guarico, tomó muchos prisioneros y los buques que fueron hallados, con lo cual dió la vuelta para Veracruz, habiendo concluido con gloria una jornada en que si

no se consiguió extinguir del todo la piratería, se le puso freno con la destrucción de una de sus principales guaridas. Si el gobierno de los virreyes, debe ser odioso en general para los mexicanos, porque descansaba en el principio injusto de la usurpación, por otra parte contiene modelos dignos de imitarse en la prudencia y actividad para ejecutar las disposiciones superiores, así como en el celo con que procuraban mantener incólume el honor nacional y el adelanto de la civilización en general. México no vería escrito en sus anales, un tan largo catálogo de desventuras, si separando el mal y el bien que á cada paso viene amalgamado en confusa mezcla, supiera aprovecharse de algunas lecciones que son una fuente segura de la prosperidad de los pueblos.

En el tiempo que gobernaba el conde de Galve y que pasaban los acontecimientos que dejamos referidos, tenía lugar también la insurrección de los tarahumares coligados con los tepehuanes y otras muchas naciones que pudo haber ocasionado la pérdida de aquellas provincias. El autor de los tres siglos de México, al dar cuenta de este suceso, dice: "La causa de este levantamiento fue la misma que otras veces ha revelado á los indios de la Nueva España; es á saber, las vejaciones que los infelices sufrían de los españoles, establecidos en las minas que abundan por aquella sierra madre." Pero el Padre Alegre en su historia de la provincia de México nos refiere mas pormenorizados los mismos acontecimientos señalándonos cual fue su verdadero origen.

Desde algunos años antes, el Illmo. Sr. D. Bartolomé de Escañuela, llegó á poner curas clérigos, en muchos lugares de aquellas provincias que siempre habían estado á cargo de misioneros jesuitas ó franciscanos: despues hubo una real provisión para que la enseñanza religiosa de aquellos pueblos, siguiera en el estado que había guardado desde su principio, y el Sr. Obispo de Guadalajara cesó en sus procedimientos. Algunos

Algunos de los ministros á quienes se había encargado por la mita el cuidado espiritual de aquellos pueblos, quisieron convertirse en misioneros y formarse feligresías de los lugares que no estaban sujetos al cuidado especial de algun ministro. Por lo que luego vamos á ver, no faltó entre estos individuos, alguno que más se dejó llevar de los intereses materiales que por el celo de su bien espiritual. Este mal ministro, se acompañó de cinco ó seis españoles armados y entró á las tierras de los tubaris, manteniéndose á sus costas tanto él como sus compañeros. Como no estaba animado por el espíritu de caridad que caracteriza al verdadero apóstol de la doctrina de Jesucristo, no empleaba la persuasión para convertir á ellos, á los pueblos, sino que se valía de la fuerza como medio de propaganda. Por bien ó por fuerza bautizaba á los parvulos que encontraba; y resistiéndose algunos adultos á recibir el bautismo, los amarró y cargó de cadenas hasta que constreñidos de aquel modo, pidieron se les administrase aquel sacramento. Los tubaris había sido uno de los pueblos que el con mayor deseo habían recibido la enseñanza de la religión y por su natural manso y afable, se había mantenido siempre en buena amistad con los españoles; pero esta conducta tan irregular y tan contraria al espíritu del cristianismo, escandalizó á aquellos indios, que muy de otro modo habían visto por muchos años, enseñar la ley evangélica en los lugares vecinos. Alarmada toda la nación, corrió á las armas para arrojar de su seno á los que así querían evangelizar á los rebeldes, y muchos huyeron á los montes para escapar de los horrores de aquel modo de doctrinarlos. Una vez que se prendió el fuego de la insurrección, el ministro y sus compañeros hallaron en la fuga el medio de librarse del furor de los sublevados; pero estos comunicaron su momentánea aversión al cristianismo á otros pueblos, que no tenían la misma docilidad que ellos y donde no se pudo apagar el incendio, si

no despues de derramar bastante sangre. El padre Juan Maria Salvatierra, celoso jesuita, que servia la mision entre los guazapanis, logro cortar el mal entre los tubaris desde sus principios, no solo los volvió a la paz, que pudo turbarse un instante por la imprudencia de un ministro, sino que de tal modo cautivó sus voluntades, que descaudando un camino de Jerocavilán a Vaca, lugar de la primera mision de Sinaloa, voluntariamente se ofrecieron los tubaris para prestar su persona y trabajo en aquella obra de beneficio comun.

De esta manera quedó cortado el mal entre los tubaris, pero algunos descontentos que antes se habian ya introducido en los lugares inmediatos, fueron causa del general levantamiento que turbó la tranquilidad de todas las misiones de Sonora y la Tarahumara. Entre estos últimos habia un gefe llamado *Curosia*, hombre de carácter inquieto y feroz, que desde la pasada subleuacion se habia mantenido fugitivo, defendiéndose entre las malezas de las sierras; mientras todos los pueblos estaban en paz, no habia tenido ocasion de aumentar su partido; pero en esta vez comenzó luego a ver a su lado los descontentos y temerosos del poder de los españoles. En cierta ocasion, hizo oír su voz para excitar los ánimos a una guerra de exterminio contra los extrangeros. «Estos son, decía, los que con tanta solemnidad juraron las paces, algunos años antes: ellos dicen que solo procuran nuestro bien, y de quienes sin embargo, jamás tenemos seguras nuestras haciendas, y nuestras vidas. Que bien hice yo de no fiarme de sus palabras carinosas, y mirad si os aconsejaba bien que no dejaseis las armas de la mano hasta acabar con todos. Movida en este discurso las mas delicadas fibras del corazón, se excitó en todos el deseo de lavar con la sangre extranjerica las manchas que se habian impreso en la independencia y el honor nacional; pero por grande que fuera este fuego, fué mayor la prudencia con que se obró, pues antes de dar un paso en el terreno

no de las hostilidades, se acordó invitar a todos los pueblos oprimidos para que siendo el sacudimiento general, fuera tanto mas seguro el éxito: algunos gefes de los tarahumares y de los conchos, quedaron encargados de dar la cita comun a los tobosos, los cabozas, los sumas, los janos, xocomes, chinarras y otros varios pueblos que se extendian hacia el Norte y el Oriente de la Tarahumara; y el lugar de la junta general para determinar de comun acuerdo el modo, tiempo y lugar de emprender la guerra, debia ser el sitio llamado *Casas Grandes* famosas ruinas que como un antiguo monumento, indicaba la peregrinacion del valeroso pueblo azteca de su primitiva patria de Aztlan.

Por mucho que se recomendó el sigilo como base principal de asegurar el golpe proyectado, no dejó de traslucirse el pensamiento; y el ministro de la mision de Santa Maria de Basaroca, dió aviso al teniente de los presidios de Sinaloa y Sonora. Cuando este aviso llegó al espresado gefe, no tenia la fuerza necesaria para impedir la reunion que se trataba de hacer en las ruinas de Casas grandes, porque en los lugares inmediatos sujetos a su cuidado, se notaban ya algunas alarmas y aun se habian visto hogueras y humaredas en las cumbres de las montañas, sintomas ciertos de una próxima ruptura de hostilidades. Las mismas noticias se daban del Parral y el presidio de Janos; pero los gefes encargados de reprimir aquella conjuracion, vieron con desprecio el mal que amenazaba a todos, y descuidaron poner el oportuno remedio, hasta que el 2 de Abril de 1690, reventó la mina preparada con tanta anticipacion, saliendo de sus albergues los pueblos coligados y como una impetuosa avenida inundaron las haciendas, los reales de minas y los pueblos en que estaban establecidas las misiones quemando los edificios y arrasando con cuanto hallaban a su paso. El acontecimiento pudo tener toda la importancia y gravedad con que lo habia premeditado el gefe *Curosia*; pero por

CAPITULO
BIBLIOTECA
U. A.